



## EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

## SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER  
Sección vermouth.
- M. CAMACHO BENEYTEZ  
Agotamiento.
- JOAQUIN DICENTA  
Los melocotones.
- CARLOS MIRANDA  
La enagua.
- ANQEL G. LUGEA  
Salmo de tragedia.
- EZEQUIEL ENDÉRIZ  
La carne.
- ANTONIO BERMEJO  
Ella no quiso besarle...
- RODOLFO GUILLAMÓN  
La pecadora.
- EMILIANO CASANOVA  
Un triunfo del ingenio.
- TOVAR, DEMETRIO  
Y AFRODITA
- Varios dibujos y retratos de  
Manolita Yoeta y Bálder.

## MANOLITA YOETA

Del dueto LOS "YOETAS"



Como ustedes ven es una de esas mujeres que,  
al verlas, tiene uno que echarse las dos manos á  
la cabeza para sujetársela.

**5** céntimos

# SECCION VERMOUTH

Por fin podemos respirar libres de esa acongojante pesadilla de las luchas, más que intestinas, intestinales de las elecciones de diputados. La atención general estaba absorbida en si triunfaban los mauristas ó vencían los de la conjunción, y esto tenía á todos excitados y nerviosos, que es lo que ocurre siempre que le absorben á uno algo.

Los periódicos diarios estaban verdaderamente inaguantables llenando columnas y columnas de noticias electorales, en las que nos decían que á Furciategui le habían atropellado en Navalagamella,

igual que si se tratase de una guapa moza sorprendida en el campo por un grupo de hambrientos zagalones, y que á Pérez y Pérez, candidato por Matalaguarra, se la estaban dando con Gruyère los caciques del distrito, lo mismo exactamente que le hacía su señora en casa mientras él andaba reclutando votos.

Ahora queda todavía la cola de lamentaciones y protestas: Fuláñez, que se creía seguro, chilla porque le han metido un embuchado de los más gruesos, mientras Perezcejo que es su adversario, jura y perjura que su acta se la sacó á pulso y que la tiene muy limpia á pesar de las porquerías que le hicieron en ella los amigos de Fuláñez, que trataban de destrozársela.

Si alguna vez se me ocurriese la estupidez de querer ser diputado, yo no acudiría al rancio sistema de la conquista de taberneros ni á la adulación de los caciques; mi táctica sería completamente nueva. Apelaría á atraerme á mi partido las mujeres, que son las que, en eso, como en todo, dominan á los hombres, y mi triunfo sería indiscutible. Procuraría enterneerlas, mimarlas, hacerlas mías con tiernos arrullos, excitar su temperamento para que en favor de mi causa moviesen el cuerpo electoral y no tengan ustedes duda de que las hay que saben mover el cuerpo con una maestría verdaderamente enloquecedora.

En esto no haría sino imitar á los norteamericanos, que en materia de propaganda electoral son los verdaderos amos quienes lo primero que hacen es acudir á los agentes hembras, para que les agiten su candidatura, y al efecto, buscan mujeres espléndidamente hermosas que se la están agitando constantemente...

Con ello podrán salir ó no salir triunfantes; ¡pero que les quiten lo bailado! ó mejor dicho, lo movido. Porque en esto de la propaganda en pro de un acta, ocurre lo que con ciertos medicamentos para uso interno, y lo que con otras cosas que no son

## HAY UNA CONTINUACIÓN



Ella.—¿Ves? Ya estoy vestida. Lo único que me molesta para jugar contigo es el sombrero... estos trajes son tan propicios...

El.—¿Pues sabes lo que te digo? Que te vuelvas á quitar el sombrero si no es más que eso lo que te estorba.

precisamente medicamentos, aunque también se emplean para el interior, que hay que agitarlos antes de usarlos, porque si no, se corre el riesgo de que no produzcan el efecto apetecido.

Ocurre á lo mejor que los electores están fríos, pero los candidatos, que tienen habilidad, echan á trabajar por el distrito á sus bravas electoras que en seguida los ponen calientes y en condiciones de darlas, no sólo el voto, sino todo cuanto ellas quieran que las den.

Imaginense ustedes si aquí, con lo meridional de nuestro temperamento, daría resultado el procedimiento.

Nada de tíos mal fachados que recorren las tabernas reclutando adeptos; unas cuantas hembras que no se dejen meter el embuchado, como no sea en beneficio exclusivo del amigo por quien laboran.

En vez de oradores cursis, que hablan del sol y de las estrellas para mostrar el programa de pretendiente, se deben llevar á los meetings

señoras descacharrantes que lo muestren sin tantos floreos retóricos, cuanto más al desnudo mejor. Para que entre bien, no hay como la desnudez absoluta, sobre todo cuando se trata de grandes masas.

Pero en fin, no sigo descorchando ideas de propaganda, no sea que me las vayan á usurpar los candidatos á senadores, pues aún queda ese rabo por desollar.

Por más que es un rabo que poco juego puede dar, porque salvo raras excepcio-

¡QUÉ BUEN CORAZÓN!



Demetrio

*Ella.* - Estoy muy enfadada con usted por no haberle proporcionado el traslado á ese oficialito por el que me intereso tanto.

*El.* - ¡Pero, por Dios, querida marquessa, usted se interesa por todos los oficialitos; lleve trasladados á treinta y dos en tres meses!

nes, para estos altos cargos representativos no suele echarse mano de gente que pueda ser ya capaz de tales medios de atracción electoral.

Es más propio de ellos el tranquilo procedimiento de la diplomacia y de la lingüística. Suelen ser viejos caudráticos de lenguas muertas y sesudos embajadores más ó menos extraordinarios.

Y para tales menesteres es una verdadera lástima poner en actividad agentes fe-

## Los melocotones

(CUENTO BATURRO)

Salte el tren mixto de Calatayud y emprende el camino de Zaragoza con lento caminar de bestia de carga. Chirrian antipáticamente los ejes sin escrupulosidad engrasados, vomita humo negro la chimenea de la máquina, escúchase en los vagones de mercancías cacareos de gallinas, balidos de corderos, relinchos de caballos; los coches de primera van llenos de aire y polvo, los de segunda y tercera de gente alegre y decidida. El cierzo del Moncayo golpea con sus alas de nieve ventanillas y portezuelas, y el campo aragonés se ex-



—¡Anda leñe... pos mamá también debe jugar con muñecas, porque si no ¿para qué tendrá estas esponjitas tan pequeñitas?

meninos con energías y empuje propios para batallas más vigorosas. Prefieren los metrallazos de los cañones de gran calibre á las insulsas fogatas de la pólvora en salvas.

### Un pequeño REPORTER

## AGOTAMIENTO

Cerca de ti no sé qué me acontece...  
Deliro ciego de placeres, ardo  
de amor, y toda mi alma desfallece  
al sentir en mi piel tu piel de nardo...

El vaho de tu carne me consume,  
en tus fogosos brazos me aniquilas,  
y embriaga mis sentidos el perfume  
de tus rizosas y húmedas axilas...

Tremante de pasión buscas mi boca  
y, ya de goces indecibles loca,  
tu vida entera estremecida cruje  
en una sensación desgarradora,  
que te crispera los nervios al empuje  
de tu desenfundada sangre mora...

**M. CAMACHO BENEYTEZ**



*El viejo.*—¿Queréis que os acompañe?

*Las dos.*—¡Je, ¡jal qué gracioso; pero si usted no está para fatigarse!

*El viejo.*—Para grandes cosas no estoy, pero todavía acompaño.

SOLILOQUIO



—Y ahora á la camita... sola... después de oír per la calle á los hombres: «¡Me la conía á usted!»  
 «¡Hay qué tía más rical!» «¡Quién fuere perro... para serla á usted fiell!»

tiende como una inmensa alfombra verde á uno y otro lado de los rails. Uno de los coches de tercera va ocupado en su mayor parte por labradores; pues excepción he-

cha de un cura y un sujeto que por las trazas debe ser médico ó boticario de algún pueblo próximo, los viajeros restantes visten el clásico calzón, la morada faja,

## CONSEJO



Cuando una mujer bien calzada suba al tranvía, no echaros encima para ver mejor porque no veréis nada.

la obscura chaquetilla y el embotonado chaleco, y calzan sus pies con las alpargatas de cinta y cubren la cabeza con el pañuelo de colores. Sólo un asiento queda libre, vamos, libre de persona ocupante, porque lo usufructúa un cesto de melocotones sobre el cual apoya uno de sus brazos el más perfecto tipo de baturro que parió la tierra. Alto, huesoso, con la nariz corva, saliente la barba y los ojos vivos y tenaces, viaja mi hombre con el cuerpo recostado en el respaldo de madera, una pierna cruzada sobre la otra y un cigarro de papel, grueso como un puro, entre los dientes negros y desiguales; frente á él va otro labriego de cara gruesa, abultado estómago y lifántico aspecto, que dormita al arrullo del eje, cacareos, balidos, relinchos y conversaciones dando cabezadas mayúsculas.

En la estación inmediata á Calatayud se abre la portezuela del coche y entra un individuo de porte entre señorial y campesino.

quilamente apoyado en el cesto, mientras el viajero nuevo se da á todos los diablos y el labrador que dormitaba abre los ojos y contempla la escena en actitud indiferente.

Sube de tonolla la disputa cuando se abre la portezuela y entra el revisor

—Revisor—exclama el viajero—, ¿naga el obsequio de convencer á este hombre; le digo que quite ese cesto pa sentarme yo, y responde que no lo quita.

## CONSEJO



En cambio, si os ponéis á respetable distancia y en cucullas, la veréis las piernas perfectamente.



—Y no lo quito —contesta otra vez el baturro.

—Pero hombre —no sea usted bestia— dice el revisor—. El señor ha comprado este billete (enseñando el que recoge de manos del viajero); este billete le da derecho á un asiento. Conque quite usted el cesto para que se siente este caballero.

—¡Yo! ¡Lo menos se cree éste que con sus *andróminas* y con sus galones va á *asustame*. Hi dicho que no lo quito y no lo quito manque escarrile el tren.

—No hace falta que descarrile; ya habrá quien le haga obedecer —grita cólerico el empleado á tiempo que la máquina se detiene frente á una estación.

—¡A mí!... ¡Tíndra que ver eso!...

Requerido por el interventor acude el jefe de estación. Son inútiles ruegos, amenazas, exhortaciones... El baturro sigue en sus trece y es preciso llamar á la guardia civil. —Ahora veremos —añade el jefe de estación— si quita usted la cesta.

—¡Yo! —replica el aragonés—. ¡Yo!... ¡Como no venga á *quitala* el Nuncio!

Entra la pareja en el coche; se le explica el caso y los guardias, encarándose con el labriego y empleando el dulce lenguaje propio á la institución, le gritan: —¡Quita el cesto inmediatamente, borrico!

—¡Bah! —insiste el otro—, ¿*Quitalo*? Lo que menos *us* habéis *afegurao* vosotros que van á *meteme* miedo las escopetas y los tricornios *qui trais*! He dicho que yo no quito el cesto, *¡ridiós!*... Y no lo quito.

—Pero, ¿por qué no has de quitarlo?— gruñe uno de los guardias, levantando la culata de su escopeta sobre la cabeza del baturro—. ¿Por qué?

—¿Y por qué voy á *quitalo* —dice el baturro—, si el cesto no es mío sino de ese *ññor* que va enfrente?

Y señala al lifántico labriego que había seguido toda la disputa sin hablar palabra.

—Pero, ¿el cesto es de usted?

¡¡—¡Claro! —afirma el otro.

—¿Y por qué no le ha quitado usted?...

—¡Yo!... ¡Otra!... ¡Como á mí no me han dicho nada!...

Joaquín DICENTA

BÁLDER



El notable ventrílocuo español que tan buenos ratos nos hace pasar en combinación con sus famosos *Cleto* y *Geonilla*, muñecos de cartón que dejan de serlo en cuanto él los toca. ¡Ay Balder qué cosas haces con el vientre!

MADRID CHULESCO

## LA ENAGUA

(Histórico).

— Chico; no púes figurarte lo que goce-  
mos anoche. Sali á las diez con mi herma-  
no, y un chiquillo y mi consorte, por no  
haber ni luz en casa; y en la calle de San  
Cosme presenciamos, ¡rediez!, una de las  
cosas más atroces que darse puén.

— ¿Algún drama sangriento?

— Miá; si te pones á interrumpir, no pro-  
sigo.

— ¡No eres tú nadie, gacholi! Púes con-  
tinuar.

— Una socia, que estaba allí con dos  
hombres y un chico de ocho á diez años  
junto á la puerta del doce típico (que es  
la cochera de no sé qué duque ú conde)  
se arrecostó contra el quicio, güelta de  
espaldas. Y entonces, poniéndose de rodi-  
llas aute ella, uno de los hombres por de-  
bajo de las faldas la escomezó á dar ti-  
rones...

— ¿A que tó eso que me cuentas es el  
parto de los montes, ú algo así por el es-  
tílo?...

— No es por ahí. Y no jorobes, ¡que un  
grillo cuesta dos cuartos, y se le escu-  
cha!... El otro hombre y el muchacho se  
reían como dos bobalicones; la furciales  
se callaba propiamente como un poste; y  
el stro, tira que tira, la sacó, por fin, de  
un golpe las enaguas y la dijo: «Ya tene-  
mos pa esta noche. Yo me voy á eso, y vos-  
otros me esperáis que la piznore. ¿Cuán-  
to me darán de empeño?» «Un duro.»  
«¡Un par de jamones! Me darán dos ú tres  
pelas en la calle de Embajadores, y eso  
porqu» el dependiente prencipal ya me  
conoce.» «Miá á ver si le sacas cuatro si-  
quiera (dijo el otro hombre), porque eso  
han dao ya otras veces.» «¡Pero habrá  
sido en el Montel!» «¡Quiá! En el callejón  
del Perro, 32, y en el 14 de la plaza de los  
Carros.» «Bien; pero, y si no se corren  
más que hasta las tres, ¿lo dejo?» «¡Natu-  
ralmente, panoli!»... Total: que empeñó  
la enagua (clandestinamente) en doce rea-  
les; y que tos se fueron, pa escomezar  
bien la noche, á una tasca de la calle del  
Conde de Romanones á tomarse unas chu-  
letas á la parrilla.

— ¡Gacholi!



— Mi modelo. — No quiero seguir por más tiempo siendo mo-  
dista. — dicho el director de un periódico diario que es un señor de en



Demetrio

—Y un par de frascos de vino de la tierra. ¡Y hasta postre!... Y luego al café de España, y á un puesto de te y licores de Antón Martín. Amos, ninchi; ¡te digo que fué el disloque!

—Pero. . . ¿los fuistes siguiendo, por un casual, tóa la noche?

—¡Quiá! Es que el pequeño y la furcia eran mi chico y mi cónyugue; y el que empeñó las enaguas, propiedad de mi consorte, era mi hermano; y yo, el otro... ¡Me parece que á desahoguen!...

—¡Sí que seis una familia de frescales!

—¡Amos, hombre! ¿Pa qué sirven las enaguas, si no es pa las ocasiones?...

Por el relato,

**Carlos MIRANDA**

## Salmo de tragedia

Te conocí una noche de mi bohemia triste:

—quiromántica noche para mi corazón—.

Yo, bebí de tu boca; tú e a mi boca bebiste con el romanticismo de la resignación.

Te conocí una noche de mi bohemia amarga;

—blanca noche de luna como la de Pierrot—

Yo, enrosqué entre mis dedos tu cabellera larga; tú, enroscaste en los senos mi degeneración...

Te conocí una noche de mi bohemia ingrata,

en el palacio imouro de la depravación;

te cegó el tintineo del caudal de mi plata;

me cegó el espejismo de tu falso esplendor.

Te conocí una noche de mi bohemia loca;

tu Andromeda de lado y Prometeo yo.

Yo, cautivo en mi roca, tú cautiva en tu roca;

por sobre nuestras frentes, el astro del dolor...

Me contaste tu historia; te conté mi leyenda.

¡Corazón de pantera! ¡Corazón de león!

Me iluminó la tuya, sacrilega y tremenda;

en tu alma desgarrada la mía se clavó...

Tu carne, fué mi carne; mis huesos, tuyos hue-

Alzamos el cariño como se alza el Copón... [sos

Seguimos una loca caravana de besos,

por el rojo desierto de nuestra perversión.

Se apagaron los ecos de nuestra mandolina;

tu estatuario desnuda por el suelo rodó...

Yo, borracho de luri's, te llamé Messlins;

tú, embriagada de orgía, me llamaste Nerón.

**Angel G. LUGEA**

entendí modelo tuya porque me dibujas muy mal las piernas... lo he  
por que entiendo mucho de pantorrillas.

## LOS NUESTROS



Ezequiel Endérix

Poeta de los que conquistan el corazón y el cuerpo de una mujer con unos versos, siempre bellos; á ratos un escritor satírico de los que arrojan. Nena's, os voy á decir una cosa de Endérix: es un sátiro.

## La carne.

Carne caliente, la venenosa  
carne que trunca la masculina  
fuerza del hombre, tú eres preciosa,  
porque eres Magda, Thais, Mesalina...

Hostia tan blanca, hostia tan santa  
hostia tan roja, hostia tan bella  
en los altares no se levanta,  
los sacerdotes no saben de ella...

Mata con vida porque la Vida  
no es más que un lento y ansioso grito  
hacia la Dicha, tea encendida  
en los abismos del infinito...

En tardes grises, en noches claras,  
y en las mañanas esplendorosas,  
esta divina carne en sus aras  
lanzó perfumes sobre las rosas...

Y el mundo todo fué ya tu esclavo  
carne de hembra roja y felina,  
carne gloriosa que siempre alabo  
porque eres Magda, Thais, Mesalina...

Ezequiel ENDÉRIX

## ELLA NO QUISO BESARLE... (1)

Una mañana, al despertarse, Natalia negó á Raúl el beso con que acostumbraba á saludarle. El suplicó y ella hizo de sus súplicas motivo de desdén. Conocedor de sus habilidades de luchadora, no intentó la violencia, en la que hubiera sido humillado.

Vistióse y salió á la calle. Estaban en Valencia desde hacia tres días. Era Julio y la feria prestaba encantos á la tan be-

lla, limpia y alegre ciudad del Turia. Desde el amanecer se agolpaba el gentío en las calles, y los comercios pintorescos, suntuosos, con escaparates de extremado gusto, abrían sus puertas. Llegaban trenes de Barcelona, de Madrid, y en ellos las bandas de música para el concurso, los toreros para las corridas, personalidades. Las chocolaterías humeaban; los horchateros preparaban sus enormes garrafas, y los aficionados á la fiesta nacional se agrupaban junto á la plaza y comentaban la falta de billetes, el escándalo de los revendedores, las cien pesetas que un madrile-

(1) De la novela *El misterio del yate blanco*, por Antonio Bermejo de la Rica.

ño entusiasta del Gallo había pagado por una barrera.

Luego, más tarde, la animación convergía hacia las calles más céntricas: la de Peris y Valero y la Glorieta, y se veían llenas las terrazas de los cafés y los kioscos de refrescos y se reunían los huertanos en el salón amplio de una su-  
basta.

Después, a la tarde, la excursión al Cabañal ó á Caro, con sus típicas *barrquetes* y sus playas suaves, de menuda arena, y sus merenderos típicos con su arroz abunda y los pescados fritos. O la plaza de toros con sus corridas famosas y su alegría. Y á la salida, ataviadas las valencianas con sus mantillas blancas, en automóviles, en coches, en tilburis ó tartanillas sin toldo, á la Alameda, á una batalla pintoresca de serpentina, mientras



*Ella.*—¡Pero hombre! ¿Por qué no te pones chaleco?

*El.*—¡Para que no me digas que ya no tengo calor!

*Ella.*—No seas tonto y abrígate, que eso no se demuestra en el pecho.

se encendían las luces y llegaba la noche. Terminaba cerca de las diez y á la media hora, limpio como por arte de encanto

el anchuroso paseo, tornaba el público para las clásicas albaes, para admirar los bailes valencianos, aragoneses y andaluces, que unas cuantas muchachas interpretaban al aire libre, sobre un amplio tabladillo, que lucía al fondo el ornamento de un alba y típica barraca valenciana, ó tal vez para los fuegos de artificio y las obligadas tracas.

Una mañana habían subido al Miquelete, á lo más alto de la torre de la Catedral. Era un bellissimo cosmorama: la ciudad á los pies, circundada por la llanura de la huerta y por el mar.

Raúl notaba, á pesar de estas distracciones, triste á Natalia, y comprendía la causa. Ella admiraba la Naturaleza y el Arte, pero quería admirarlo con persona de su agrado y él ya había perdido toda

### LA METÁFORA EN EL CAMPO



*El viejo.*—¡Hermosa Mariuch; déjame oler esa flor roja como un tomate grande, déjame posar mis labios y liber en sus pétalos entresbiertos!...

*Ella.*—¡Mirusté, señor marqués, dígamele usted por lo claro! ¡Las cosas por su nombre!



Ella.—Ese no es mi número, y por más es fuerzas que usted haga no va á entrar.

El.—Descuide usted, señora, que ya entraré á fuerza de polvos de taíco.

atractivo para ella. Nervioso, neurasténico, desde aquella noche de Montmartre, habíase dedicado á prácticas que él mismo, en sus ratos de completa lucidez, calificaba de absurdas, pero á las que tornaba en cuanto un nuevo desprecio le hería. Habíase hecho espiritista, convencido por un escultor parisién, amigo suyo, y había asistido á las curiosísimas lecciones y experimentos de un duque italiano, fanático de los espíritus. El primer día entró como un autómatas, deseando tener motivo para reír, para burlarse, y... no lo halló. Salíó impresionado y volvió con frecuencia. De sí propio decía: «El poco juicio que tenía me lo están quitando los espíritus»; pero no ponía remedio y ya hablaba de pasar al *plano abstracto*.

Otro día, un compañero que en París hacía esfuerzos por lograr una apariencia de escritor de talento, le habló con detalle de las teorías de los incubos y los súcubos. Le recomendó algunos libros. El los

leyó todos, y aun otros, alemanes especialmente, que trataban de d generaciones sexuales. Aprendió y recorló cosas olvidadas: el masoquismo, las inversiones, el placer de aquellos que, como decía Havelok Ellis, no gozan sino sorprendiendo señoras en plena función mingitoria, y aquellos otros que sólo sienten el trallazo del deseo viendo azotar á los niños, y etras y otras, infinitas, innumerables; desde aquella tan inocente de aquella casadita que queria que la cortaran el pelo en melena y la pusieran falda corta para parecer una chiquilla y que su marido la hiciera muchos mimos como á una criaturita, y la cantara y la meciera, y ¡no leyera el periódico! ni se ocupara más que de ella, hasta aquellas otras crueles y perversas en que la sangre y el dolor, trocándose en placer, son lo esencial.

Con todo esto su cerebro se pobló de extrañas ideas, que le volvieron más silencioso, más reconcentrado.

Aquella mañana ella no había querido besarle y era la primera vez que ocurría. Paseó su dolor por las calles valencianas como atontado. Parábase en los escapara-tes largo rato, mirando sin ver los objetos, dejándose arrastrar por el gentío. Fué al mercado y desfiló entre verduras, carnes y pescados sin saber por qué, porque le empujaban, le guiaba cualquier mozalbete que fuera delante cantando, y en tanto su cerebro seguía una cantinela de monótonos sonos de destrucción y renacimiento.

Al volver al hotel, encontró una carta de Natalia. La leyó. Decía: «No he querido besarte porque no te quiero y ni vendo ni regalo besos. Me voy —no digo me escapo— con un torero, el *Malagueño*. Creo que seré feliz con él una ó dos semanas, quizá menos, porque es un bestia. Pero es pintoresco verle; ¿creerás que vulgarmente me he enamorado de su valor y de su arte como una cualquiera? No: es delicioso verle beber aguardiente en botijo... y quiero presenciar dos ó tres de sus estupendas borracheras. Será curiosísimo y siento que no lo veas. Si nos volvemos á ver, que ¡ya lo creo que nos veremos!, te

dará, si no un beso, si un apretón de manos, tu amiga, Natalia.»

Raúl no dijo nada y sonrió. Dobló la carta, la tornó á doblar y la rompió lentamente. Después, llaman lo al camarero, le dijo que prepararan su cuenta. Pagó y tomó el camino de Madrid.

## LA PECADORA

Todos la conocéis: Fué desgraciada desde el día fatal de la caída en que, al verse de casa despedida, sólo halló en un burdel franca la entrada. Vendió su cuerpo, pero su alma honrada, mil veces anheló ser redimida... ¡Pobre flor para el amor nacida y por él en el vicio abandonada! Hoy, ya sin juventud y sin belleza, en un triste hospital con su impureza, muere en el lecho de dolor... de frío... Tenerse que vender fué su martirio, y aún, de la fiebre en el mayor delirio, dice, fingiendo amor: «¡Ven, nene mío!»

Rodolfo GUILLAMÓN

20

pa que se comprase lo que le gustara.

Pero de estas cosas  
no me he de acusar,  
porque nada tienen  
de particular.

Yo al «Confesionario»  
vine no sé á qué,  
pues nadie ha creído  
que yo pequé.

(Hace mutis por la derecha).

HABLADO

EL CURIOSO LECTOR.

(Mirándola marchar con sorna). ¡Pobre niña! ¡Tan inocente, y expuesta en esos teatros á cualquier cosa!... ¡Luego dicen que se pierde la juventud!... (Mirando á la izquierda). ¡Anda! ¡Pues el compañero de «confesión» también tendrá que oír! ¡El *Besuguito*! Á tos éstos les da por declarar que *tién* las mujeres á patás. Sobre tóo en Méjico. El que más y el que menos ha tenio que ver allí hasta con don Ponfírito.

(Sale el Besuguito, torero muy feo, que viste de calle).

17

me atrevo ya á pasar más hojas, como no me den cloroformo. ¡Rediez con el numerito! ¡Y que lo que viene ahora es tibio! La sección de *El Confesionario* por Paquita Molinete. ¡Una tontería! ¡De aquí me sacan hov á mí con cuchara! (Breve pausa). Y eso que á las sacerdotisas del cupletis mo les ha dao por venir al «confesionario» este á echárselas de hijas del Emperador Guillermo y á decir que no han *tenio* novio en jamás y á amenazarnos con profesar en las Ursulinas, si no se casan antes con el Presidente del Uruguay. (Sentándose en el cesto). Ahora, que la Molinete ya es por demás. Como esa nos venga también con infundios pudoristas, va á haber que darle así. (Ademán de amenaza).

MÚSICA

(Sale por la izquierda PAQUITA MOLINETE, vistiendo de cupletista y enseñando mucho interior amortizable. Cantará el cuplé que sigue con extremada candidez, como si fuese una niña ingenua que acaba de

## GOTAS DE AJENJO

## Un triunfo del ingenio.

Lynica tiene un esclavo á sus pies. Los brazos del esclavo están abiertos como los de un místico en oración, y en los ojos le mira una súplica. Lynica le contempla y pone en la roja sutileza de sus labios la benevolencia de una sonrisa, pensando que á ninguna mujer le parecería feo el esclavo.

—¿Y sabes bien —habla Lynica al esclavo— sabes bien lo que tu audacia anhela?

—Lo sabe muy bien mi corazón.

—Reflexiona que puede perder el esclavo los ojos que á Lynica, la esposa de Plotino, han mirado con deseo.

—Tuyos son. Ningún suplicio superará al que mi pasión hubiera pasado si sigue en silencio.

—Al fin, mujer, me seduce tu valentía y observo que he reparado con interés en las líneas de su cuerpo. Accedo...

—¡Lynica divina!

—Pero ha de ser con una condición.

—¡Díla!

—Con la condición de que has de dar después á la muerte la vida. Podría ser ligera tu lengua y revelar lo que si á oídos de Plotino llegara, trajese á la que amas justicieras consecuencias.

—Doy gustoso, hija de los dioses, la vida á cambio de la felicidad.

—Bien. Esta noche, ausente mi esposo, ve á mi cámara. Allí encontrarás, esclavo, á Lynica tuya, y á la víbora que te mordeará la vida.

—Dulce Lynica, no ha de afligirme la mordedura.

El cuerpo de Lynica, como un sueño en que fuese la onda de un lago, ondula voluptuosamente sobre las sedas del lecho, y un estremecimiento recorre todos sus encantos. Ha sentido la caricia á traición de unos labios. Sus manos han logrado, expertas, atrapar la cabeza del sigiloso saltador, y le ha mirado en los ojos, reconociendo en ellos al esclavo. En el misterio de la estancia le ha parecido más her-

14

salir de convento, sin haber roto un plato en la vida).

PAQUITA MOLINETE.

Vengo al «Confesionario»  
no sé por qué,  
pues nadie habrá creído,  
que yo pequé.

EL CURIOSO LECTOR.

(Aparte). ¿Sí, eh?  
¡De, ¡de!

PAQUITA MOLINETE

Si es en mi trabajo, ya lo ven ustedes:  
eso del d. scote no reza conmigo;  
ni hago gestos pícaros... ni tiendo las re-  
[des;  
ni suelo tinarme con ningún amigo.

Los cuplés que canto no son inmorales  
y, además, los digo con delicadeza;  
y al alza la pierna en los cakevales,  
sólo la levanto... hasta la cabeza.

Pero de estas cosas  
no me he de acusar,

15

porque nada tienen  
de particular.

¿Novios? ¡Dios me libre! Me dan mucho  
[apuro.

Y, aunque es cosa rara dentro del teatro,  
eso de los novios, yo les aseguro  
que yo no he tenido... más que ciento cua-  
[tro.

Me ven dadivosa y ellas son gateras,  
y á cuento me piden, no los niego nada;  
pero con ninguno, lo digo de veras,  
con ninguno de ellos me encuentro casada

Pero de estas cosas  
no me he de acusar,  
po que nada tienen  
de particular.

Ahora tengo un viejo de sesenta y pico,  
que sufre de gota y está casi inmóvil;  
pero, como el pobre es bastante rico,  
me lleva de juerga siempre en automóvil.

Y todos los días me regala joyas,  
y no trae ninguna que no sea cara,  
y, á mamá, antañoche, le soltó diez «Go-  
[yas».



moso. Y, espontáneamente, le ha besado, asimismo, con afición.

Mimosa como un gato, le ha atraído junto así enlazándole con los brazos, dos serpientes blancas. Y mientras el esclavo sonríe ambiguamente entorna ella los ojos.

Lynica experimenta espasmos infinitos. Son tantos, como estrellas. El esclavo, en un silencio que deja oír el sonido de la inmensidad, ha empezado á manifestarla amor. Mas de tan maléfica manera, que Lynica comienza á sentirse agitada, presa de sensaciones eléctricas como relámpagos.

Y no sé qué ha observado en el esclavo, que pronuncia una queja:

—¡Esclavo, no seas cruel!

¿Alguna premeditada asechanza que no sea amor, propia del odio de un alma oprimida? No; es que el esclavo la expresa su pasión sutilmente, con perversa reflexión, excitando cruelmente á su dueña.

A Lynica se le seca rabiosamente la garganta, le tiemblan las manos, se le encendían las pupilas. Y sintiéndose desfallecer implora de nuevo merced al esclavo.

Mas el plutoniano esclavo prosigue sus menguadas zalemas.

¡Y extraño proceder! inopinadamente, muestra su propósito ¡oh, Júpiter! de alejarse.

Lynica no puede por menos de detenerle por un brazo y, sorprendida, le pregunta:

—¿Qué te propones, alma extraña?

El esclavo, responde:

—Írme de tu lado, Lynica.

—¿Por qué? ¿Acaso no me adoras? Pero, entonces...

—Si te amo, Lynica — se apresura á responder el esclavo — te amo con toda la fuerza que Febo con sus rayos pudiera darme. Pero, pobre, mi espíritu ha considerado, no obstante hallarse junto á los hechizos que ambicionaba, que la vida es muy dulce, y ..

—¡Qué!

—Pues que lo deploro, mujer excelsa, pero, aún á tiempo, opto por la vida que tendría que dejar aquí.

Una brutal palidez apaga el fuego de la faz de Lynica. No comprende aquella cobardía. Mas obedeciendo á un presentimiento detiene hondamente sus ojos en el esclavo, enigmático en medio de la penumbra de la estancia. Y en su cerebro se hace luz. Adivira la estratagema de un hombre astuto como un zorro.



El.—Estás muy bien formada, chica; ¿quién te ha dibujado Tovar ó Demetrio?

Ella.—El simpatiqué-imo Tovar, pero tenía tanta prisa que se fué sin firmar el dibujo.

El esclavo quiso desde un principio hacerla su esclava.

Con furia inmensa se incorpora con la intención de servirse de la vibora para el cobarde, pero los ojos negros del esclavo fijos, anhelantes en ella como si la siguieran en sus pensamientos, ojos negros que ha mirado ya con ternura, se lo impiden.

Y declarándose vencida, ¡oh poder del ingenio de un esclavo! le suplica mientras le retiene efusivamente:

—No, no te vas. Eres listo, esclavo. No pierdas la vida, si lo quieres. Que Plotino lo sepa, que sea todo, todo, pero, ¡por Juno! no te vayas ahora de mi lado.

**Emiliano CASANOVA**

Leed en **EL LIBRO POPULAR**  
**MALOS AMORES**

novela completa por

**CARMEN DE BURGOS**  
(Colombine).

20 céntimos

Agente exclusivo para los anuncios de **LA HOJA DE PARRA** y **EL LIBRO POPULAR**,

*Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º*

Agentes exclusivos en Sud América

**MASSIP Y COMPAÑIA**

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

# HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

## SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

## LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

## Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

## Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).**

**BIBLIOTECA PRIVADA.**—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.